EL SEÑOR DOCTOR JUAN ACEVEDO.

Tout nait, tout passe, tout arrive
Au terme ignoré de son sort:
A l' océan l' onde plaintive,
Aux vents la feuille fugitive,
L' aurore au soir, l' homme a la mort.

LAMARTINE.

QUITO A 10 DE MAYO DE 1858.

IMPRENTA DEL ESTADO.

Agoviados por el peso de nuestras desgracias atravesamos el penoso sendero de la vida dejando á cada paso un eslabon despedazado de la cadena de nuestras afecciones; y cuando exánimes por el cansancio y la fatiga volvemos hácia atras los ojos bañados de lágrimas, no descubrimos sino un campo inmenso cubierto de sepulcros y poblado de sombras fujitivas que se disipan como las ilusiones y las esperanzas que nos impelen en nuestra precipitada carrera.

Y el Olvido con sus nebulosas alas se cierne sobre el espacio que miramos, y poco á poco va envolviendo en oscuridad profunda las sombras y los supulcros, hasta que depositando nosotros en los bordes del camino la carga de nuestra existencia, pasamos á au-

mentar el número de las sombras vaporosas que vagan entre las tumbas.

Pero al traves de la pavorosa niebla brillan en prolongado horizonte uno que otro sepulcro, y una que otra sombra rompen el velo del olvido y se presentan á nuestra memoria para reanimar ó conservar perennes nuestros dolorosos recuerdos; y esos sepulcros y esas sombras son las sombras y los sepulcros de los hombres que fueron mas útiles á la humanidad ó que mas se distinguieron por su talento y sus virtudes.

Así verémos brillar siempre, aunque sea distante, mui distante, el sepulcro del malogrado jóven Acevedo, y su veneranda imájen nos acompañará en todas partes, conservando en nuestra memoria las inapreciables dotes que le recomiendan á sus conciudadanos.

Ni cómo pudiéramos olvidarle si su existencia y la nuestra estuvieron ligadas con estrechísimos lazos! Nosotros deploramos en la muerte del doctor Acevedo la pérdida del ciudadano patriota y republicanamente desinteresado que fortalecia nuestra fe en la rejeneracion de la patria, que disipaba nuestros temores, animaba nuestras esperanzas y robustecia nuestros esfuerzos; la pérdida del ilustrado profesor que, impelido por el irresistible vigor del jenio, avanzaba con pasos de jigante en la escabrosa senda de la ciencia, y se hacia mirar como un astro de beneficencia y de consuelo junto al lecho de los enfermos; la pérdida del amigo lleno de abnegacion y solícito siempre en todo lo que decia relacion á los amigos que lamentamos su temprana muerte; del amigo que se dolia de nuestras

desgracias para aliviarlas, y se regocijaba con nuestros sucesos prósperos, identificándose con nosotros para endulzar mas nuestros placeres con su entusiasmo y su alegría.—Amigo querido! si la patria os recuerda y os llora como á fervoroso republicano y distinguido profesor, nosotros la acompañamos en sus recuerdos, uniendo á su sentimiento otro sentimiento de ternura: nostros recordamos y lloramos al ciudadano, al profesor y al amigo.—"Que ninguna nube oscurezca los recuerdos que de vos conservamos; que frescas flores y árboles siempre verdes crezcan en el lugar de vuestra sepultura!"

Pero vuestro sepulcro está léjos, mui léjos de nosotros, y no podemos humedecer sus flores con nuestras lágrimas! no podemos ofreceros en él estas tristes ofrendas de desconsolada gratitud!—La Providencia quiso arrancaros primero del seno de vuestra familia y de vuestros amigos de aquí para purificaros, sin duda, con mayores sufrimientos y para castigarnos con mas dolorosa pesadumbre: no reclinasteis vuestra cabeza moribunda en el seno de vuestra virtuosa compañera, ni sintieron vuestros labios el beso de despedida de vuestra hija inocente y pura, ni la piedad de vuestra madre pudo cerrar vuestros ojos hasta la consumacion de los tiempos.—Pero quien sabe! talvez "cualquiera mano es buena para darnos el vaso de agua que podemos necesitar cuando nos veamos postrados por la fiebre de la muerte. ¡Ah! mas vale que no sea para nosotros demasiado amada! porque ¿cómo abandonar sin desesperacion una mano que hemos cubierto de besos, y que quisiéramos tener eternamente puesta sobre nuestro corazon?"

Y despues de todo, dejasteis la vida con la resignacion del cristiano y con la serenidad y el valor de la grandeza de alma: combatisteis con denuedo vuestra terrible enfermedad, y cuando en los profundos arcanos de la ciencia llegasteis á encontrar con fatídicos caracteres la palabra ¡IMPOSIBLE! y la infalible sentencia de vuestro destino, esclamásteis con voz firme y reposada, "¡He combatido con la muerte palmo á palmo; me ha vencido, y le dejo el campo libre!" Así mueren únicamente los hombres como vos, los hombres nacidos para servirnos de ejemplo y de modelo, los hombres que pueden sostener tranquilos la espantosa mirada de la muerte y contemplar con frente serena el insondable abismo de la eternidad!

Vos nos habeis dado valor para dirijiros nuestra despedida. Adios, amigo querido! por siempre viviréis en nuestra memoria; y cuando vayamos á separarnos de este mundo, vos seréis uno de nuestros últimos pensamientos, porque tendrémos la conviccion de que sin vuestra muerte hubiéramos sufrido un dolor ménos ó hubiéramos pasado sobre la tierra una hora mas.

Los hombres como el Doctor Acevedo no merecen el olvido de sus compatriotas, y esta conviccion nos ha movido á formar la *Coleccion* presente.

EXEQUIAS

DEL SEÑOR DOCTOR JUAN ACEVEDO.

El dia 15 del presente se celebraron en la iglesia de san Francisco de esta ciudad las exequias del malogrado jóven doctor Juan Acevedo solemnizadas con la concurrencia de la corporacion universitaria, de la Facultad Médica, de todos los deudos, amigos y otras muchisímas personas que asistieron á ofrecer un testimonio de gratitud y de sincero sentimiento á la memoria del que tanto honró su fugaz existencia sobre la tierra con la práctica de nobles virtudes y con el ejercicio de sus talentos.

Ha terminado el doctor Acevedo su carrera sobre la tierra; y los méritos de su corta vida están graduados y reconocidos por ese sentimiento postrero que la sociedad ha tributado á su memoria: ese sentimiento ha sido público, sincero y mui significativo, pues que demuestra la pérdida irreparable que ha sufrido la Nacion; pues, el que supo ser tan leal y jeneroso amigo, el que tuvo un corazon sensible para los desgraciados, el que sobresalió tanto en su profesion científica, el que salvó tantas víctimas de la muerte, ha tenido sobrados títulos para que sus compatriotas le tributen un testimonio de profuudo pesar.

Habiendo sido el doctor Acevedo un profesor mui sobresaliente en su facultad, mui justo y debido fué que sus comprofesores tributasen por su parte un honor á su memoria por medio del acto que tuvo lugar despuss de las exequias. Convocada la Facultad Médica, el doctor Rafael Barahona pronunció un discurso panejírico haciendo un fiel detalle de los actos que recomiendan la carrera científica del doctor Acevedo. Semejante discurso, en el que se encuentra la verdad junto con la espresion del mas sincero sentimiento, produjo tiernas emociones en los concurrentes. Tiene esta produccion sobrado mérito para que la demos publicidad, y para que quede como un grato recuerdo del que desapareció dejando en su patria una huella luminosa.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR RAFAEL BARAHONA EN EL SALON DE LA FACULTAD MEDICA, EL DIA DE LOS FUNERALES DEL SEÑOR DOCTOR JUAN ACEVEDO.

Ne dites à la postérité que ce qui est digne de la postérité.

No digas á la posteridad, sino lo que es digno de ella.
VOLTAIRE, HIST. DE PIERRE LE GRANT.

Señores:

La muerte del doctor Juan Acevedo, amigo y comprofesor de muchos miembros de esta Facultad y maestro de otros, es el sensible objeto que hoi nos reune en este lugar; pero el dolor propio de la amistad, ese sentimiento íntimo, magnánimo y jeneroso que el Creador ha comunicado al hombre para que sirva de lazo misterioso de union entre los que existen y los que han pasado á mejor vida, es un sentimiento sublime pero individual, es el sentimiento del hombre por el hombre, el eslabon de la gran cadena que une lo visible á lo invisible, lo material á lo inmaterial, el cielo á la tierra, el hombre á Dios. Nosotros como amigos personales, ó como discípulos del doctor Acevedo, estamos tambien ligados á él, los unos por la amistad y por una gratitud eterna los otros. Yo como uno de los discípulos á quienes mas distinguió, quisiera tributar especialmente una lágrima á su memoria, pero no es el seno de una sociedad científica el lugar propio para que el individuo se consagre al individuo. Como miembro de la Facultad Médica, y hablando á su nombre, debo adoptar su lenguaje y llorar no solo la pérdida de un amigo, de un comprofesor ó de un maestro, sino especialmente la que ha sufrido la Medicina al perder en el doctor Juan Acevedo un médico lleno de talento, de instruccion, de conocimientos y de jenio; un maestro distinguido por su dedicacion á la en-

señanza, y por el ardiente deseo que le animaba de transmitir á sus discípulos todos los tesoros de ciencia con que él se hallaba enriquecido. Un objeto tan grandioso requiere talentos superiores en el que debe hacer el elojio fúnebre del doctor Acevedo; pero una simple y sucinta narracion de los grandes servicios que le debe la Medicina, creo le será mas honorífica á mi maestro, y mas útil á la posteridad.

El doctor Juan Acevedo nació en Quito el año de 1818, cuando la ciencia no contaba entre nosotros mas que dos profesores distinguidos que pudieran plantearla en el Ecuador; en el desgraciado Ecuador que carecia entónces de todos los elementos de mejora y de progreso, porque la devastadora guerra de la independencia que nos hicieron los españoles al soltar de sus garras la aurífera y floreciente América, habia asolado todo, pero especialmente los institutos científicos que consideraba contrarios á su sistema de opresion, de oscurantismo y de barbarie. Caldas, el sabio botánico que tantos conocimientos hubiera legado á la Nueva Granada y Ecuador, habia muerto ya bajo el puñal del asesino castellano, y sus escritos y descubrimientos habian sido devorados por el fuego en la toma y ocupacion de Santa Fe; pocos pero utilísimos descubrimientos nos quedaban de este sabio americano. Merizalde nos habia dejado su Hijiene, y el médico Mejía que habria llegado á ser una notabilidad europea por sus conocimientos, su elocuencia y su patriotismo, se apagó como el doctor Acevedo, sin llegar siquiera al cabo de su verde senectud. Los señores doctores J. M. de la Gala y José Manuel Espinoza fueron pues los dos únicos vástagos que tenia la ciencia médica en el Ecuador; ellos supieron plantearla; pero el doctor Acevedo discípulo distinguido de tan célebres profesores, contribuyó tambien con sus talentos y su jenio al progreso y desarrollo de la ciencia de curar. Pobre y sin apoyos, sin los vanos y ridículos títulos de familia, el doctor Acevedo se elevó como digno hijo del pueblo por solo los esfuerzos de su jenio y la superioridad de sus talentos; así ocupó en la República del Ecuador un lugar distinguido en la aristocracia de las ciencias.

Su juventud fué un continuo choque entre los obstáculos que ofrecia entónces el estudio metódico de la Medicina y los heróicos esfuerzos que el jóven Acevedo hacia para adquirir conocimientos: continuamente se le veia consultando á los dos únicos profesores que entónces

existian, ó haciendo observaciones propias en los hospitales. Pero conducido por la aficion y el jenio especial para la Cirujía, hizo un estudio particular de este importante ramo, y consiguió en poco tiempo grandes adelantos debidos á la asiduidad con que se consagraba á las disecciones de los cadáveres para adquirir conocimientos anatómicos, y al estudio teórico y práctico de las mas dificiles operaciones quirúrjicas. Así, pues, el jóven Acevedo fué colocado por la opinion pública en el número de los mas distinguidos profesores, aun antes que el Tribunal Médico le confiriera el díploma de tal. El público con su infalible criterio juzgó del talento y contraccion del jóven Acevedo, vió los brillantes resultados prácticos de sus aplicaciones, y supo hacerle justicia; así fueron graduados Hipócrates y Galeno en la culta Grecia, y Celso en la opulenta Roma; así han conferido sus títulos las verdaderas Repúblicas, porque han conocido que los díplomas universitarios en las democracias, son como las condecoraciones honoríficas en las monarquías, inútiles al sabio y ridículas conferidas al ignorante.

Pero no fué solo el público el que conoció al doctor Acevedo. La Universidad que era testigo de su mérito científico, crió una cátedra de Cirujía el año de 1844, y llamó al doctor Acevedo para que la dirijiese: no se habia enseñado hasta entónces la Cirujía en el Ecuador, siendo el doctor Acevedo el primero que metodizó la enseñanza de este importante ramo; de modo que á la edad de 26 años hizo ya á la ciencia un servicio propio de un médico de 60. Considerado el doctor Acevedo como maestro fué distinguido no solo por el talento y los conocimientos con que sirvió su destino, sino tambien por su asidua contraccion á la enseñanza, y por el celo que tuvo por el aprovechamiento de sus discípulos á quienes franqueaba sus libros y les facilitaba el estudio práctico, empleándoles como ayudantes en cuantas operaciones difíciles practicaba: de este modo, no contento con el tiempo que la Universidad le habia señalado para la enseñanza, se dedicaba á ella sin descanso.

Nombrado cirujano en el hospital de caridad de esta ciudad, desempeñó su destino á satisfaccion del público que le agradecia el alivio y curacion de la humanidad doliente, y la multitud de víctimas que arrancaba de las manos de la muerte. Muchas veces se le vió practicar operaciones difíciles sin mas ausilios que los escasos instrumentos que poseia entónces la casa, y ayuda-

do de sus discípulos á quienes enseñó casi siempre con su ejemplo. Prestar servicios como cirujano en un hospital bien arreglado como el que hoi poseemos, habria sido un servicio, pero no digno de recomendarse con particularidad; pero el doctor Acevedo sirvió como cirujano cuando la casa no poseia los instrumentos necesarios, ni tenia medicamentos, aseo, servicio ni arreglo de ningun jénero. La Nacion recordará siempre con gratitud á los que han procurado con sus servicios arreglar y mejorar el único establecimiento que tiene la capital para refujio del proletario enfermo que sin pan, sin hogar y sin familia, se entrega á la caridad de un pueblo cristiano, para recuperar allí las fuerzas que le faltan, ó exhalar el último suspiro de dolor.

El esclarecido Rocafuerte, el Mirabeau ecuatoriano, que tanto se distinguió por su talento penetrativo para conocer á los hombres y colocarles en lugares útiles á su patria, llamó al jóven Acevedo cuando no habia recibido todavía la investidura de doctor, y se hallaba concluyendo el curso de Medicina, para que sirviera como Demostrador Anatómico. Rocafuerte, hombre digno del siglo XIX, reformador y progresista por jenio, no buscó en el jóven Acevedo el título de doctor sino el talento, los conocimientos y el jenio especial con que ya se distinguia, y que debian aprovecharse en beneficio público, sin que demoras y formalidades perjudiciales privaran á la Ciencia de un estudio práctico de Anatomía. Acevedo, jóven todavía, supo pues corresponder de un modo laudable y cumplido á la confianza y á las esperanzas del inmortal Rocafuerte. Muchas veces los discípulos escuchábamos sus lecciones anatómicas sobre el cadáver durante dos y tres dias continuos, en los cuales desarrollaba á nuestros ojos la admirable y complicada máquina del hombre, señalaba con prodijiosa exactitud sus mas recónditos resortes, esplicaba sus mecanismos, indicaba sus usos, y nos hacia percibir las mas pequeñas diferencias. Un anatómico distinguido como el doctor Acevedo, era el único llamado á desempeñar una enseñanza de que carecen hoi los estudiantes de Medicina, y cuya falta se dejará notar mui pronto, porque sin los estudios elementales, sin los conocimientos primordiales, todos los demas que se adquieran serán efímeros y nulos. La Facultad Médica del Ecuador no debe pues descuidar esta enseñanza práctica, porque sin ella el médico será lo que el historiador sin jeografía, se encontrará privado del faro que le indique

la ruta, y se verá espuesto á errores de grande magnitud.

Cuando ya el doctor Acevedo se habia elevado á la altura social que le correspondia como á médico y cirujano distinguido, la Facultad le nombró de su Director el 15 de diciembre de 1847, á los cinco años de su incorporacion; lo que prueba que en este corto espacio de tiempo habia hecho rápidos y sorprendentes adelantos que le hicieron merecedor de tan alta distincion entre sus consocios; pero si en otros hombres el simple nombramiento, ó el vano título es todo cuanto se puede presentar para su elojio, en el doctor Acevedo recuerdo yo su título de Director, no solo por el honor de haberlo obtenido, sino por el modo ejemplar con que lo desempeñó. Al jenio y dedicacion de Acevedo, á su amor patrio y laboriosidad en la ciencia, se debe el progreso material y científico de esta Corporacion que tal vez (sensible es decirlo) no habria existido ya. El doctor Acevedo pudo con su infatigable constancia fomentar las sesiones ordinarias, estableció el espíritu de asociacion para el estudio de la Medicina, aplicando á esta ciencia un método que tantas y tan grandes ventajas ha proporcionado á las otras, y consiguió que los médicos ecuatorianos presentaran en sus memorias sobre diversas enfermedades los conocimientos prácticos que habian adquirido en la cabecera de sus enfermos. Este es uno de los mas grandes servicios que el doctor Acevedo prestó á la Medicina en el Ecuador, porque contribuyó á que el médico pasase tambien á ser filósofo: he aquí confirmado lo que aseguré hace un instante.—Para hacer el elojio del doctor Acevedo, no se necesita elocuencia, basta referir los hechos.

Hemos visto ya al doctor Acevedo como á uno de los médicos y cirujanos distinguidos; pero como el verdadero sabio que se eleva á la rejion de las abstracciones conoce que las ciencias no tienen mas límites que el espacio, ni mas medida que el infinito, el doctor Acevedo creyó que no poseia mas que los rudimentos de la Medicina, y procuró adquirir en Europa los conocimientos que suponia le faltaban. Solicitó pues un ausilio pecuniario de la Lejislatura de 1851 para trasladarse á Europa y hacer allí un estudio profundo bajo la direccion de las primeras notabilidades científicas del viejo mundo: accedió la Lejislatura á tan justa y patriótica solicitud, y el doctor Acevedo dejando su esposa é hija, sus amigos y recuerdos infantiles, partió para Europa el 13

de noviembre de 1851. Permaneció en Paris durante cuatro años, y aprovechó de las lecciones de los mas hábiles profesores de la moderna Atenas. Su estudio no se redujo á las lecciones de aula ó á los testos universitarios, sino que contrayendo relaciones de amistad, aprovechó de todos los raudales de ciencia de los señores Aran, Berau, Pajot, Desmarres, Ribail, Caudmont, Martin-Magron, Broca, Clerc, Roumbeau, Empis, Lemayres y de otros muchos distinguidos médicos franceses.

No satisfecho con las lecciones que recibia en los establecimientos públicos de enseñanza, pagó de su propio peculio á una multitud de profesores especialistas para dedicarse con particularidad á los ramos mas necesarios y útiles en la Medicina. Los muchos certificados que obtuvo de sus maestros manifiestan de un modo inequívoco su contraccion y sus adelantos. Profesores de primera órden como el señor Berau, al hablar del doctor Acevedo y certificar sobre su contraccion y sus talentos, recomiendan tambien su jenio y habilidad especial para la Cirujía, diciendo, "que por su constancia y aplicacion habia adquirido en las ejecuciones una gran destreza," añadiendo los señores Caudmont y Martin-Magron: que su contraccion fuó tan asidua que no quiso abandonar Paris, ni dejar de asistir á sus estudios diarios, á pesar de la funesta alarma que el cólera habia difundido entónces en toda la capital. Caudmont, asegura que "la epidemia del cólera que habia maltratado la capital, "no habia impedido al doctor Acevedo frecuentar con la mas "grande exactitud, los anfiteatros de diseccion"; y Magron, dice, "el entusiasmo de mi discípulo era tal, que ni los estragos del cólera que reinó en 53 y 54 le hicieron desmayar en sus tareas; dando pruebas de su grande celo y alta intelijencia." Estos elojios tributados por tan distinguidos profesores franceses, hacen una recomendacion cumplida y altamente honorífica del doctor Acevedo. No contento este distinguido médico ecuatoriano con haber amado la ciencia hasta el estremo de abandonar por ella su patria y sus mas caras afecciones, comprometió tambien su vida esponiéndose á la mas cruel y mortífera de las epidemias; pues aun afectado del cólera, no quiso abandonar sus estudios, interrumpiéndolos solo durante los dias que se sintió atacado de tan grave enfermedad. ¡Abnegacion sublime que solo puede apreciar un corazon ardiente y jeneroso! Mártir de la Ciencia, la Medicina te ha coronado ya con lau-

rel inmarcesible, y la Patria ha cifrado tu nombre en la historia de sus glorias!....

Cuando una multitud de viajeros americanos corrian en Paris tras los placeres y las emociones, solo dos ecuatorianos ilustrados estudiaban sin descanso con el laudable objeto de trasladar á su Patria los conocimientos mas útiles á su pais, uno de ellos era el doctor Acevedo elejido por la Lejislatura de 51 para trasplantar al Ecuador los nuevos frutos que habia conseguido en la Europa. Los lejisladores no se equivocaron, pues estamos reunidos los testigos presenciales que escuchamos en este mismo salon los discursos luminosos que el doctor Acevedo nos dirijió sobre diversos é importantes ramos de la Medicina. Demostraciones anatómicas que jamas habiamos visto, teorías sabias y satisfactorias sobre Fisiolojía, observaciones profundas en Clínica; he aquí cuanto debimos al doctor Acevedo en el cortísimo tiempo que permaneció en esta capital despues de su regreso de Europa; pero la Providencia habia decretado su fin, y le vimos desaparecer cual un cometa que deja en pos de sí un reguero de luz.

Hasta aquí he hablado del doctor Acevedo considerado como médico ó como profesor; pero la República le debió tambien servicios importantes como patriota. No olvidando nunca que á mas de médico era ecuatoriano, voló á prestar sus servicios médicos en los hospitales del partido liberal, allí sirvió con la constancia, órden é intelijencia que le caracterizaban, y obtuvo de la Nacion el despacho de Capitan efectivo de infantería de ejército, hasta que mas tarde fué ascendido al grado de Sarjento Mayor efectivo de la misma arma. Así el hombre patriota y liberal halla siempre el modo de servir á la Nacion, sea cualquiera el destino que le toque desempeñar, aun cuando su profesion no sea la de las armas. El no se ensañó contra los ecuatorianos estraviados, pero devolvió á la Patria una multitud de soldados que creia haber perdido y que necesitaba con urjencia.

Quisiera continuar la narracion de los servicios que la Patria y la Medicina deben al doctor Acevedo; pero no puedo olvidar que fuí uno de los discípulos con quienes mas se distinguió, y una lágrima de amargo dolor ahoga mi voz. Permitidme, señor Director, que os dé gracias por haberme señalado para hacer el elojio de mi Maestro; pues aunque carezco del talento y la elocuencia que habria deseado para prestar un digno tributo de gra-

titud á uno de mis maestros, á quien mucho debo, bien conocerócis que mi gratitud eterna y mi sentimiento me daban títulos para el encargo que me habeis confiado.

¡Distinguido profesor, cuanto te debe la ciencia! ¡Que honda sensacion ha causado tu pérdida en el corazon de tu familia y tus amigos!....Jóven de talento y de progreso, empezabas recien á recibir las recompensas de tantas y tan grandes fatigas que habias tenido durante la vida, y la muerte te arrebata, como por venganza, con la misma enfermedad que tantas veces habias combatido heróicamente. A los profesores del Guayas, y con especialidad á tu amigo el doctor Modesto Jaramillo, les queda siquiera el consuelo de haberte prodigado todos los recursos de la Medicina y los mas nobles desvelos de la amistad; pero tus parientes, comprofesores, amigos y discípulos de esta capital, solo lloramos tu muerte y la pérdida que ha hecho la ciencia. Por esto la Facultad Médica del Ecuador, por medio de tu discípulo, consagra esta pájina de sus anales á tu memoria.

Quito, 15 de abril de 1858.

EL DOCTOR JUAN ACEVEDO.

Aun están frescas las letras con que en este periódico dirijimos una cordial felicitacion al jóven Acevedo: volvia al seno de la patria, de la amistad y la familia, y este suceso era plausible para nosotros: habia llenado el objeto de su viaje, y esto era benéfico para todos sus compatriotas, por eso anunciamos su regreso con patriótica satisfaccion. Cuatro años de ausencia empleados en recorrer con trabajo asiduo y con ejemplar perseverancia las profundidades de la ciencia que profesaba, eran mas que suficientes para que recomendáramos con entusiasmo á este distinguido profesor. Mas ha venido á suceder lo que no puede referirse sin las amarguras del pesar: las columnas del mismo periódico que presentaron á Acevedo como una esperanza consoladora, como un ornato de la sociedad ecuatoriana, hoi tienen que presentarle ¡oh Dios! con el signo lúgubre de los difuntos.

Sí, Acevedo ha espirado ya, ha espirado léjos de nosotros y no nos ha sido dado el triste desahogo de acompañar sus restos hasta el sepulcro. Ese deseo exijente del amigo que sobrevive de dar el postrer adios al amigo que va á ausentarse para siempre, no ha podido ser satisfecho por nosotros: le habiamos dado poco ántes el abrazo de una momentánea despedida; sentímos en él al tiempo de abrazarle, una exhuberancia de vida y un fuego aun juvenil que nos daban la certitumbre de volver á verle: él nació para el bien y debió existir por muchos años; mas ya las palmeras de la costa han absorvido sus últimos alientos, y el cementerio del Guayas ha aceptado el sagrado depósito de sus reliquias.

Todas las indicaciones de la ciencia; todos los esfuerzos del arte, toda la actividad de una poblacion agradecida, hospitalaria y jenerosa, se pusieron en movimiento para impedir la destruccion de una existencia que habia salvado, que habia nacido para salvar otras muchas existencias; pero los esfuerzos fueron vanos, y las plegarias fervientes que pedian la vida obtuvieron por respuesta el pavoroso silencio de la muerte y la desoladora presencia de un cadáver.

Acevedo presintió de antemano que iban á aproxi-

marse sus últimos instantes, é hizo el triste vaticinio con íntima conviccion: cien voces enternecidas se propusieron hacer falible la funesta prediccion: los oráculos de la medicina estaban abiertos: los coprofesores los consultaban con todo el interes que inspira la amistad: las matronas del Guayas, en quienes se ven hermanadas la hermosura y la piedad, prestaban sus ausilios jenerosos: los antiguos enfermos restituidos á la salud, procuraban darla cumplida y radical á aquel de quien ellos la habian recibido; pero el letal presajio hubo de cumplirse, y son ahora una cruz y una inscripcion lo único que la tierra nos ofrece en vez del buen ciudadano, del médico, del esposo, del padre y del amigo perdidos en un solo hombre.

Los cálculos humanos, los presentimientos instintivos, los juicios de los hombres debieron estar seguros de que Acevedo cumpliria la mision que le cupo desempeñar en esta patria que era el objeto de sus anhelos: todos los antecedentes desde su vida infantil hasta su feliz regreso de la mansion de las ciencias y de las artes, eran una serie de probabilidades de que Acevedo seria lo que nosotros anunciamos al felicitarle.

El vigor y la resolucion casi innata de luchar denodado contra el torrente de la adversidad, para abrirle campo al espíritu desde las primeras letras hasta la parte culminante de la ciencia, es decir, el haber seguido una carrera lucida sin riquezas materiales de ningun jénero, sin un apoyo respetable, sin ninguno de los estímulos artificiales con que el espíritu de adulacion procura exaltar al hijo del poderoso; sufriendo el aislamiento á que se ve siempre reducido el niño que no espera heredar un nombre y una fortuna, eran un indicante inequívoco de que Acevedo habia caminado desde su niñez impelido por las inspiraciones del jenio; ¿y quién habria podido persuadirse de que este le condujera á la tumba ántes de que su juventud se marchitara, cuando le habia arrastrado hácia la ciencia, le habia trazado su camino y le empujaba violentamente hácia la gloria?

El Gobierno de Julio creyó descubrir en el alma de Acevedo una fecundidad privilejiada de que podia utilizar esta República naciente, y se apresuró á proporcionarle fondos para que perfeccionara en Europa la profesion humanitaria que habia ejercido con ventaja: esta profesion fué adquirida sin otros medios que la decision, la constancia y los talentos acertadamente dirijidos por su

hábil catedrático, por su acreditado maestro el doctor José Manuel Espinoza; pero ni el uno ni el otro tenian á su disposicion los grandes ausiliares, los elementos, los recursos con que cuenta la ciencia en las ricas capitales del mundo pensador. Acevedo hizo el sacrificio de ausentarse por cuatro años de su esposa y de su hija que eran los objetos de su adoracion: empleó este tiempo en trabajos tan asiduos, que parecian quedar puestas á prueba y garantidas por muchos años su robustez y su salud. Era el fruto de estos trabajos el que estaba ofreciendo á sus compatriotas, cuando su muerte vino á presentarse á nuestros ojos como destructora de tantas esperanzas, y como un sarcasmo contra los juicios desventurados que se forman en este mundo de incertidumbre y confusion.

Acevedo no limitó sus trabajos á lo que era meramente profesional: su alma volvió enriquecida con nociones variadas de bella literatura, de política, y con aquella cultura que deja en los jóvenes de talento el estudio práctico del gran mundo. Adquirió lo que era necesario para el servicio de su patria, sin que su espíritu se evaporase en las vanas fantasías con que otros se sienten deslumbrados; es por esto que compadecia y procuraba remediar las deficiencias de su pais natal y no nos miraba con desden por nuestras miserias heredadas.

Tambien la vista de los reyes, léjos de seducirle, le habia inspirado compasion, porque el alma de un buen republicano cree en la existencia de un solo Dios y no soporta la presencia de los ídolos sobre la tierra, mucho mas cuando sucede que la audacia de los unos y la debilidad de los otros es la que deifica á los hombres colocándolos en puntos culminantes. Acevedo era republicano y esta es una de las primeras calidades que le recomendaban ante la mayoría de sus compatriotas, y por la que lamentamos cordialmente su desaparicion, ya que no tenemos á quien quejarnos esprimiendo todo el jugo de la amargura que sentimos.

El lóbrego *De profundis* que la Iglesia entona como un obsequio funerario, lleva sus ecos á donde no alcanzan nuestras miradas: donde nosotros vemos un cadáver la fe cristiana nos muestra un alma que aun existe: la paz y el descanso es lo que la Iglesia envía en sus palabras de póstuma bendicion al hombre que ha espirado; pero se hallan como anudadas las existencias que desaparecen con otras que quedan sumerjidas en el do-

lor: para la viudez y la horfandad no tiene eficacia el *descanso en paz* que acompaña á los difuntos: es un sufrimiento sin tregua el que persigue siempre al involuntario delito de haber nacido y existir en este mundo. Ya que el descanso está reservado á los espacios desconocidos, á los espacios sin espacio, donde todo es eterno é infinito, goce Acevedo, en una vida inmutable, de aquella inmensidad. Tambien las víctimas de la sensibilidad y del amor podrán hallar en las alturas alguna inspiracion, no de descanso, sino de vitalidad y de vigor para prolongar los sufrimientos, pues esta es la única aspiracion de los míseros dolientes.

A LA MEMORIA

DEL DISTINGUIDO ECUATORIANO

DOR. JUAN ACEVEDO.

SICUT NUBES—QUASI NAVES, VELUT UMBRA.

Ha pasado como la nube, como la nave arrebatada por el viento, como la sombra!

Con estos acentos melancólicos ha hablado de la gloria mundana el mas sabio de los hombres. Sí: son acentos que traspasan el alma, dejándonos envueltos en un profundo desconsuelo. Estos mismos acentos son los que en este dia nos arranca el dolor, causado por la nunca bien sentida pérdida del distinguido ecuatoriano Dor. Juan Acevedo. Este hombre que se consagró desde sus primeros años al estudio de la ciencia y á la indagacion de los arcanos de la naturaleza, para aliviar el sufrimiento y para salvar la vida de sus semejantes: que luchó cuerpo á cuerpo con la muerte para disputarle sus víctimas: que postrado por esta lucha heróica, tuvo el incontrastable valor de continuar disputándole su vida misma, ha sido al fin vencido, ¡ay! vencido sin remedio, vencido para no volver á combatir! ¿Qué nos queda de este insigne luchador, de este valiente campeon de la humanidad?—Ha pasado como la nube, como la nave arrebatada por el viento, como la sombra! ¡Ah fortuna, fortuna caprichosa! ¿Porqué te complaces en elevar tan alto á un hombre, para precipitarle luego con violencia y hundirle en el abismo del olvido? ¡Ah muerte implacable! ¿Porqué te ensañas con las obras mas preciosas de la creacion? Pero no: la vida del varon justo, la de un sabio, la de un patriota esclarecido no pueden pertenecer al dominio de la muerte. Esta puede triunfar sobre la materia, pero del Ser, no. Miéntras que las jeneraciones estén sucediéndose en el órden consagrado por la Providencia para la duracion del

mundo, se conservará fiel entre los hombres la memoria de los que emplearon su vida en servicio de la santa causa de la humanidad, como que fueron los escojidos por Dios para hacernos mas sensibles sus altos atributos.—No: la virtud y la ciencia serian una cosa vana, fueran una mentira, si de un hombre eminente no quedara mas que el polvo fétido que se confunde con la tierra que le da el último asilo; sino sobreviviera el Ser para recibir los homenajes del respeto y gratitud por sus afanes, por sus sacrificios, por su abnegacion en obsequio de sus semejantes.

¡Oh Acevedo! Noble amigo! escúchanos un momento desde la mansion feliz en que te hallas! Tú vives aun entre nosotros.—Vives en el corazon de la que fué tu virtuosa compañera y en el de tu hija anjelical, porque nunca podrán olvidarse de las delicias con que les hiciste la vida tan lijera.—Tú vives en el corazon de tus amigos; porque en todos los momentos tendrán que recordar que no tuviste para ellos mas que sonrisa en los labios, jenerosidad en el pecho.—Tú vives en el corazon de tus discípulos, porque durante el curso de su vida tendrán que agradecerte la dulzura con que los trataste y tu interes y consagracion por trasmitirles la ciencia.—Tú vives en el corazon de los hombres intelijentes que te conocieron, porque no podrán ménos de pagar el tributo de afecto y admiracion que se atraen la intelijencia y el saber.—Tú vives, en fin, en el corazon de los ecuatorianos, porque tú eras su esperanza y hácia tí se volvian los ojos aflijidos en la angustia del dolor!

¡Duerme, pues, ¡oh Acevedo! duerme tranquilo, miéntras nosotros lloramos tu pérdida.

J. I. P.

A LA MEMORIA

DEL DOR. JUAN ACEVEDO.

Mais la pensée humaine est l' áme tont entiére
La mort ne détruit point ce quin' est point matiere;
Le pouvoir absolu s' efforcerait en vain
D' anéantir l' lécrit ne d' un soffle divin.
M. J. Chenier.

"Dors tu?"—lut disait-il: "la mort est-ce un sommeil?"
Il recueillit sa force, et dit:—C' est un réveil".
Lamartine.

Si es imposible defendernos contra un sentimiento de tristeza cuando contemplamos el espantoso cuadro que nos presenta siempre la idea de la muerte, un sentimiento mas penoso aun oprime al alma, llenándola de piedad profunda y de dolor amargo, cuando se la pone en presencia del fin de un hombre que sucumbe en medio de los esplendores de su juventud, con una intelijencia no comun, y para quien se abria ya un porvenir brillante.

Acevedo se habia formado, como hombre y como profesor en su ciencia, una posicion honrosa en la sociedad ecuatoriana, no ménos por su actividad y tino en el trabajo como por su mérito personal. Dotado por la naturaleza de elegancia y de tacto fino, de intelijencia elevada, de injenio delicado, de corazon simpático y jeneroso, encerraba todas las cualidades para agradar y hacerse amar.

Ante una muerte tan desgraciada no se puede ménos que entrar en reflexiones tristes y profundas. Seria desesperante para la humanidad, y lastimero para el alma, que no quedara del hombre y del amigo sino un recuerdo que se borra gradualmente con los años, como si todo debiera acabarse con la yerba y la flor que crece en la tierra santa que cubre el último asilo de la creatura humana! Pero, afortunadamente, no es así: despues de la prueba á que somete Dios á cada uno

de nosotros en el breve pasaje sobre este valle de placeres mentidos y miserias á la vez, viene una nueva vida, la realidad de la vida, la eternidad!

Las pájinas de la historia de la vida de Acevedo se resumen en estas pocas palabras: vida de actividad en el trabajo, vida de sacrificios y beneficencia, vida rota ántes de tiempo: peregrino de la ciencia caido en medio de su penoso camino!

Dios envia sobre esta tierra de infortunios, y hace lucir tan solo por un instante, á nuestros ojos, como lejano reflejo de sí mismo, á Seres privilejiados, adornados con las sublimes joyas de una alta intelijencia, para que cuando sean llamados por él, podamos comprender y creer mejor, por la fuerza misma de nuestra pena, que hai otra patria, patria de las almas grandes, de las grandes virtudes, patria que una vez pisada no se abandona jamas, patria de la inmortalidad!

Si la admiracion y la estimacion son cual otras tantas palmas ó coronas públicas para el hombre, Acevedo en su muerte se lleva los homenajes de su triunfo.

Y tú, amigo que ya no existes, puesto que te lloramos, pero amigo que sigues siempre siendo amigo, puesto que vives en nuestros corazones y que te amamos:—amigo! no eches de ménos nada del camino que dejas tras de tí; tú no haces sino adelantarte á nosotros, y ya quizá al esperarnos nos sonries y nos animas desde allá arriba de ese mundo tan bello, mundo predilecto de nuestro Dios!

Estábame reservado hacer un dia la esperiencia cruel de lo que frecuentemente he comprendido; de lo que tanto siempre he temido! Estábame guardado el sentir que existen naturalezas en las que el alma, como anonadada por la opresion de ciertos dolores, se vuelve impotente para con esa creatura espiritual, nacida de un soplo divino, que llaman pensamiento, y que ella dirije, permaneciendo muda ante una tumba!....Mi corazon lleno de un sentimiento sincero de amistad para Acevedo, se hizo siempre encontrar palabras con que manifestar miéntras vivió mi afecto, mi cariño hácia él;—hoi siento las palpitaciones precipitadas de ese mismo corazon, pero solo encuentro lágrimas....!

No; no te diré ADIOS PARA SIEMPRE, caro amigo, sino ADIOS! hasta el seno del Eterno, donde nada muere! Adios pues, hasta entónces....!

Alcides Destruge.

Ese doblar solemne y prolongado,
Ese toque de muerte
Diciendo está que en polvo se ha trocado,
En sucio polvo inerte
Una imájen de Dios .....
.....
Es un hombre, quizá, que por herencia
Un tesoro de ciencia
Deja a la humanidad ¡talvez! comprado
Con su ajitada vida
Sin tiempo consumida,
Con el sepulcro helado.

V. Piedrahita.

¡27 de Marzo de 1858!

Dia de consternacion y luto para todo corazon sensible, dia de tribulacion para esta sociedad; dia en fin, tétrico para las apacibles riberas del Guayas: Sí, en este nefasto dia, nos dirijió un *adios eterno* el atleta que mas de una vez se mostró ufano al haber ahuyentado la muerte y apartado su guadaña esterminadora del cuello de sus semejantes; mas ¡ay! el esfuerzo emplado con tan buen éxito para economizar sus estragos, no alcanzó á desviarla de su intelijente y juvenil cabeza. Esta á la verdad, descansa desde aquel aciago dia, en una estrecha urna funeraria; pero su nombre, sobrevivirá á muchas jeneraciones, porque ¿cuál es el pueblo del Ecuador en donde un número considerable de sus moradores no sienta circular su sangre, latir su pecho, ó el de uno de sus deudos ó amigos, merced al triunfo obtenido por ese infatigable dispensador de la salud? Si tanta es la deuda de gratitud que gravita sobre nosotros, ¡ cuán justo no es, que nuestros acentos lleguen hasta el Trono del Sr. por la prematura despedida del mas decidido protector de la doliente humanidad!

¡Ah! Acevedo, tú solo nombre viene á levantarnos del lecho del dolor, mas al contemplarte trasformado en mustio cadáver, oculto ya por ceniciento polvo, no podemos ménos, que dar rienda suelta á la afliccion, ó implorar del Altísimo abrevie nuestra jornada en este valle del pesar, para compartir contigo las inefables delicias de que gozas. Sí malogrado amigo, aquel es el suspirado de-

seo de los apreciadores de tu mérito, y conocedores por lo mismo del vacio que tu temprana ausencia deja en tu patria: entre tanto quédale á esta el deber de llorarla, y á la ciencia, el de cubrir para siempre con un denso y lúgubre crespon el elevado asiento que te habia señalado.

J. T. S.

FALLECIMIENTO.

El doctor Juan Acevedo, nacido del pueblo, sin el falso brillo de la riqueza y de la sangre, recibió de la naturaleza las dotes positivas del juicio y del talento que supo cultivar por su propio esfuerzo en bien de sí mismo y de su especie. Superando los inconvenientes de la fortuna y la deficiencia de la enseñanza, se hizo un lugar distinguido entre los profesores de medicina en el Ecuador; pero como sus aptitudes le llamaran al teatro del gran mundo, la munificencia del Gobierno de Julio que comprendió lo que utilizaria la sociedad de la perfeccion de sus conocimientos, hizo que fuese á Europa donde un estudio asiduo y esmerado, y la cultura que proporcionan los viajes por los paises mas ilustrados de la tierra, dieron por resultado la suficiencia en su profesion y una variada instruccion en otros ramos.

Restituido á su patria, objeto único de sus mas queridos anhelos, y á quien habia consagrado las penosas y largas vijilias de sus trabajos científicos, demostró que habia llenado cumplidamente su mision y la esperanza de sus compatriotas, ejerciendo su profesion con el éxito feliz de un profesor amastreado. Como hijo del pueblo, como viajero ilustrado y como buen ecuatoriano coadyuvó con su juicio y sus ideas al movimiento progresivo de la civilizacion y del principio democrático hácia el verdadero porvenir de la República. Pero así como se ciega una fuente saludable y pura, cuyos raudales fecundantes corrian embalsamados por el perfume de las flores, así desapareció su vida en las márjenes del Guayas, cuando su corazon estaba lleno de vigor y trascurria su existencia entre los venturosos y hermosos dias de la edad lozana y juvenil.

"El Artesano" que ha cifrado su divisa en la virtud y en la importancia de los hijos del pueblo, comprende todo lo que esta pérdida significa para la sociedad, la deplora con toda la intensidad del sentimiento popular, y consagra en sus columnas este testimonio de aprecio á su memoria, como la retribucion con que el pueblo premia á los hombres que, habiendo nacido de su seno y formádose por sí mismos, llegan á serle útiles y á servirle con provecho y lucimiento.

INSCRIPCIONES

PUESTAS SOBRE

LAS OCHO COLUMNAS DEL TUMULO LEVANTADO EN LOS FUNERALES DEL DOCTOR JUAN ACEVEDO.

I.

De la salud guerrero jeneroso,
Del mal y de la muerte vencedor,
Siempre luchando, siempre victorioso
¡Tú has muerto, de la vida salvador!

II.

Padre de los que jimen te llamaron,
Deudo, amigo de todo el que sufria;
Huésped del infortunio, te encontraron
Siempre junto al dolor y la agonía.

III.

La verdad alumbró tu intelijencia
La virtud palpitó en tu corazon;
De los que sufren ser la Providencia
Fué tu sublime, celestial mision.

IV.

De tus palabras la salud manaba,
Tu presencia era el nuncio de la vida,
Cual ministro de Dios te contemplaba
La humanidad doliente y abatida.

V.

Misionero piadoso del consuelo,
Confidente sublime del dolor,
Breve fué, mas gloriosa, en este suelo
Tu obra de paz, de caridad, de amor.

VI.

Cuantos gozan por tí de la existencia,
Y del luto salvasto y la horfandad
Tus hijos son: tu esposa fué la ciencia,
Y tu familia fué la humanidad.

VII.

Por eso en tu tumba cae
El llanto de un pueblo entero,
Y un jemido lastimero
Por tí se alza universal:
La ciencia enlutada vela
Junto á tus restos mortales,
Y cantan tus funerales
La Virtud, la Caridad.

VIII.

Descansa en paz, ACEVEDO,
Duerme vencedor, vencido,
Soldado del bien, caido
En la lucha con el mal:
Que el mundo guarda tu féretro
Cual monumento sagrado
Que aquí en la tierra ha dejado
Un misionero inmortal.

VICENTE PIEDRAHITA.